

expresiones extrañas, entendidas solo de aquella escuela, y que llegaron á ser poco despues oscurísimas, habiéndose interrumpido la explicacion verbal y no escrita. Si pudiésemos saber las circunstancias en que se encontraba, se entenderia mucho mejor la coherencia de esta conducta con su sabiduría, aun cuando ahora nos parece aquella extravagante y peligrosa por su naturaleza. Tal vez el placer de hacer bien á otros á el de las alabanzas, de las cuales los hombres magnánimos suelen ser codiciosos, le indujeron á no suprimir ciertas verdades importantes, en vez de ocultarlas, como debia, á la muchedumbre, la que antiguamente se creía que no se podia gobernar de otro modo que por medio de algunos engaños y falacias útiles, insinuadas universalmente y cada vez mas esparcidas y sostenidas con todos los enredos é invenciones posibles.

Y como las verdades están todas enlazadas y se ayudan mutuamente para rechazar y abolir las cosas falsas, y como el poder supremo tiene por su naturaleza la libre disposicion de la fuerza, de aquí que en los siglos remotos, no solo los pitagóricos, sino casi todas las escuelas, por interes de su propia conservacion, se viesen obligadas á servirse del famoso método de las dos doctrinas, arcana y pública, esto es, doméstica, clara y directa, y exterior, oscura, oblicua y simbólica.

Esta reflexion debia hacer mas cautos á aquellos hombres, por otra parte ingeniosos, que dieron á las lecciones de Pitágoras el nombre de sueños y locuras. De los demas necios que le han atribuido milagros y encantamientos sería una simpleza cuidarse en este tan ilustrado siglo.

Porque, como se ha podido comprender al traves de la oscuridad en que quiso aquel filósofo esconder al vulgo sus nuevas y elevadas doctrinas, él se imaginó el sol como el fuego ó centro luminoso de nuestro mundo, y la tierra como un planeta, y siendo la naturaleza infinita, otros muchos sistemas semejantes en el éter inmenso. Supuso que los cometas eran planetas, cuyas revoluciones eran de un período muy largo, é ideó que en los movimientos de todos los cuerpos celestes hay una determinada armonía, esto es, una correspondencia relativa entre sus masas y distancias. Descubrió el primero las faces del planeta Vénus y supo que la tierra es de figura esferoidal, que tiene una posición oblicua y que está enteramente habitada, teniendo igual distribucion en la suma total de sombra y de luz. Sostuvo tambien el primero y único en toda la antigüedad, que la generacion de los animales se ha verificado siempre con sus simientes, propagadas de otros animales semejantes, sin poderse suponer esta facultad en ninguna otra materia, dictámen que, siendo contrario al sistema de los Egipcios, de los cuales quieren algunos que tomase todas sus opiniones, demuestra en gran manera la energía de su alma profunda é indagadora. Y

si se reconocen en la fisica de Pitágoras, otros pensamientos sublimes es menester, ó dejar á un lado la explicacion de los demas doctrinas oscuras suyas, ó entenderlas en un sentido conforme con estos conceptos tan enérgicos y fecundos, ó suponerlas atribuidas á él, siendo ajenas.

No debe, pues, tenerse otra idea de Pitágoras, en cuanto á la ciencia, mas que la de un matemático, fisico y naturalista, como juiciosamente le presentaron sus conciudadanos, los de Sámos, en sus monedas, que aun se conservan, en figura de un venerable anciano sentado en traje heróico, revestido solo de una capa, teniendo un cetro en la mano izquierda y señalando con una varita que tiene en la otra mano un globo colocado sobre una columna, como si estuviera explicando la forma de la tierra, y en esta la oblicuidad de la eclíptica, ó la esfera y el sistema del mundo, y la teoría de los astros tan ingeniosamente imaginada por él.

Y tal es menester ciertamente que fuese el fundador de la célebre escuela de Italia, la cual por la aplicacion de las matemáticas á la fisica, ha conservado siempre con razon la primacia entre todas las familias filosóficas y ha producido los autores mas mecánicos y mas penetrantes. Sirva de ejemplo el solo discurso de Arquimedes sobre los cuerpos que flotan en el agua, y sirvan de confirmacion las demas obras suyas y las que nos quedan de Aristarco, y los fragmentos ó pensamientos que se conservan por tradicion de Empédocles, de Architas, de Filolao y de otros muchos, cuyos preciosos trabajos se han perdido.

Y así como con el carácter de filósofo y literato ha ocupado Pitágoras un puesto distinguido en el mundo, tampoco se le puede negar la gloria de haber sido al mismo tiempo para toda la sociedad uno de los hombres mas útiles y mas amables de que se puede tener idea. Era sano, bien formado, aseado en su persona, de suficientes haberes, de mediana condicion y de padres buenos y distinguidos; habia viajado por naciones muy cultas y remotas, y por consiguiente era muy experimentado en los vicios de los hombres y ejercitado en el valor; padre de familia, muy querido de los suyos, con mujer y con hijos, y por esto, como él creía, mas continente y mas humano; propagador insigne de la benevolencia y la amistad entre sus conocidos; dulce y complaciente en la conversacion, nunca burlon, ni maldiciente; justísimo en todas sus acciones, como se conoce por aquella célebre máxima suya de que: *el hombre debe siempre ponerse de parte de las leyes y combatir contra su infraccion*; liberal, porque gustaba de no poseer nada propio, sino todo en comun con sus amigos; versado en la ciencia legislativa y médico, complaciéndose en poder sanar con sus consejos y asistencia á sus amigos enfermos, con los que, cuando estaban sanos, gustaba de filosofar, aunque no tanto que, cuando le pareciese necesario, no creyese

mas acertado enunciar su pensamiento del éter, como él mismo dice, para ayudar á sus conciudadanos con su sabiduría en las juntas, ó con su valor en la guerra, la cual no aborrecia en ciertos casos, así como sabia conversar con los poderosos y agradar á las mujeres. Pero lo que muestra mas claramente la excelencia de su moral es aquel noble y original pensamiento suyo de que lo mas sublime de la virtud humana se reduce á decir siempre la verdad y á hacer bien á los demas.

De su prudencia parece indicio muy cierto el haber sabido abandonar su patria, cuya condicion no le agradaba, y á la cual, como se ve en un fragmento de una carta suya que nos ha quedado, no se creía muy obligado, no habiendo recibido de su padre, que era grabador de piedras preciosas ó comerciante, aquella nobleza de sangre á que parece que solamente tenian entónces consideracion ciertas ciudades pequeñas, las cuales no estimaban mas ninguna otra cualidad por brillante que fuese.

Y todavia se conoce mas la exactitud de su juicio en haber escogido para morada suya la Italia, que entónces era la mas floreciente y feliz parte del mundo, pues aun el genio turbulento y rapaz de los Romanos no habia tenido fuerza para arruinarla con sus conquistas, como hizo poco despues, introduciendo en ella, al mismo tiempo que la servidumbre, sus dos inseparables compañeras, la pobreza y la ignorancia. De esto tenemos un sólido y evidente argumento en las monedas de aquellas regiones y de la vecina Sicilia de aquellos tiempos felices, las cuales se encuentran aun en grande abundancia y de un trabajo mas exquisito de lo que se puede creer, indicio seguro de la perfeccion de las artes, y por consiguiente de su opulencia; monedas que faltan enteramente desde el tiempo en que la ocuparon los Romanos.

Esta Italia, pues, fué el teatro de las glorias de Pitágoras, viviendo en ella universalmente querido y respetado, aun de los ricos y poderosos; y aunque su hado le hizo perecer en una sedicion popular, como muchos afirman, ó como es dictámen de otros, las circunstancias le obligaron á acabar con una hambre voluntaria su lánguida y decrepita vejez, es cierto que se veneró su memoria, como se deduce de los escritores mas ilustres griegos y latinos, y principalmente de Ciceron, de Tito Livio, de Plinio y de Plutarco.

Estos dos últimos hacen ademas mencion de un decreto público del Senado romano, en el cual fué Pitágoras declarado, unos doscientos años despues de su muerte, el mas sabio de todos los Griegos, y en consecuencia de este título se le erigió una estatua en el Foro para obedecer á un oráculo de Apolo. En este decreto es muy de notar, como observa el mismo Plinio, que se le antepusiese á Sócrates; pero si se considera que Pitágoras habia sido un gran fisico, y habia enseñado aquellas cosas que desechara Sócrates, por ser poco fuerte en di-

cha ciencia, como advierte Ciceron, debemos admirar el sabio juicio de los Romanos que consideraba todo lo que no es precisa exposicion é inteligencia de la naturaleza de las cosas materiales como una doctrina mucho menos laboriosa y sólida.

Por otra parte era tan grande la mezcla de sentimientos pitagóricos, tanto fisicos como morales, en las constituciones fundamentales del antiguo gobierno romano que es opinion antigua que el rey Numa, á quien se atribuyeron estas constituciones, fué un sabio de aquella escuela, á pesar de la repugnancia de la cronología admitida. Es verdad que á esta opinion, aunque sostenida por la autoridad de algunos historiadores antiguos, se oponen Ciceron y Tito Livio, apoyándose principalmente en el anacronismo que de ella resulta. Pero si se reflexiona sinceramente que habiéndose perdido los monumentos originales, é incorruptibles, la historia y la cronología romana de los primeros siglos se formaron mucho despues de memoria y en muchos puntos se inventaron del todo, no parecerá extraño al hombre entendido dejar esta cuestion sin resolver, como hizo acertadamente Plutarco, no siendo muy fácil desechar las razones, hechos y testimonios que hacen sospechar que Numa no fuese de tanta antigüedad, ó que las providencias que se le atribuyen se hiciesen por personas sabias y prudentes en tiempos anteriores, cuando se observa claramente haber sido Roma una ciudad de civilizacion griega. Debemos admirar tambien el exquisito gusto de Platon, que siendo tan socrático, quiso venir á Italia y tomar en sus reuniones con los pitagóricos aquella tintura de matemáticas y de verdadera fisica que le hace tanto honor.

Sin embargo, no deben confundirse con Pitágoras todos los pitagóricos, de los cuales hubo muchos grados. Los primeros, y ciertamente los mas instruidos en las ciencias y mas sabios, duraron cerca de doscientos años despues de la muerte del maestro, por nueve ó diez generaciones, como parece que se lee en algunos manuscritos de Laercio, y no diez y nueve, como dicen los textos impresos, habiendo vivido los últimos de estos primeros pitagóricos hasta el tiempo de Aristóteles. El sistema de estos pitagóricos decayó por las mudanzas de gobierno en Italia, por la introduccion de las envidiosas escuelas socráticas en Grecia, y por la oscuridad del idioma dórico, no muy comun entre los Griegos, de donde nace la dificultad de distinguir los escritos legítimos de los espúreos ó supuestos, como observa juiciosamente Porfirio, y de haber publicado sus doctrinas los extraños, y principalmente del uso de los enigmas y del secreto, que aunque inocente, es siempre sospechoso y odioso á los que no están en él; de aquí tuvieron origen las calumnias y las persecuciones. Por estas persecuciones de los pitagóricos, como advierte con razon Polibio, se quedaron las

ciudades griegas de la Italia privadas de sus hombres mas eminentes, por lo que se vieron mas expuestas á las discordias civiles y á la violencia de sus bárbaros vecinos.

Aparecieron despues en varios tiempos y países los segundos y terceros pitagóricos, siempre ménos sabios y mas visionarios, los cuales viviendo en todas partes con métodos muy particulares, unidos en familias artificiales en comun ó esparcidas por las ciudades y los campos, llenos de los desvarios de la idolatría y de privaciones supersticiosas, de ignorancia y de vicios, se vieron con razon expuestos al ludibrio de la humanidad, no solo por los poetas griegos, sino tambien por los primeros sabios y santos escritores del Cristianismo, en el tiempo de los cuales parece que quedaron extinguidos.

Distinguiendo, pues, á Pitágoras de los pitagóricos, parece que la escuela de filosofía de Italia hasta nuestros tiempos no se debe avergonzar de reconocer por primer maestro á un hombre tan grande. Y entre los demas Italianos parece que los Toscanos tienen un particular motivo para respetar sus opiniones y venerado nombre, no solo por aquellas relaciones de familia y de origen que muchos autores célebres antiguos han atribuido á aquel filósofo con los colonos toscanos que poseían algunas islas de la Grecia, sino tambien por haber la sabiduría toscana, hasta el tiempo de nuestros abuelos, tomado particularmente el método pitagórico de poner por fundamento de todos los estudios la geometría, y porque la confirmacion de las principales doctrinas pitagóricas sobre los antípodas y el movimiento del sol, y la nulidad de la generacion de la putrefaccion, ha ennoblecido mucho á tres famosos Italianos, Américo Vespucio, Galileo y Redi.

Todavía mas deben los filósofos toscanos que cultivan la medicina estimar los opiniones de Pitágoras sobre las cosas de su arte, porque él ha sido, como observa Celso, el primero y el mas ilustre entre los profesores de la ciencia que ha tenido verdadera pericia; porque los médicos italianos del tiempo de Pitágoras y de aquellas regiones en que él habia esparcido mas sus doctrinas, eran como afirma Heródoto, padre de la historia griega, los primeros de toda la Grecia y los mas buscados, y por haber sido los médicos pitagóricos los primeros en anatomizar animales, y en hacer particularmente experimentos con los medicamentos, celebrándose por esta causa á Alcmeon y Acron.

Mas la misma bondad intrínseca de los pareceres médicos de Pitágoras dará siempre á las personas entendidas una grande idea de su penetracion sobre la naturaleza del cuerpo humano. Aquellos que no son unos meros aficionados ó que no están instruidos superficialmente, sino que con largo estudio y filosóficas fatigas han adquirido el verdadero conocimiento médico con innumerables observaciones hechas en cuerpos enfermos, no pueden ménos de ad-

mirar la certeza é importancia de la doctrina pitagórica sobre la alternativa del acrecentamiento y disminucion de los males en los dias impares, y del progreso de las mudanzas mas notables que experimenta nuestro cuerpo por períodos de siete años; esto sin necesidad de suponer en esta noticia ningun vano misterio, como parece que hicieron los posteriores pitagóricos, que tanto maravillan á Celso y Galeno. Estos se pueden despreciar con toda seguridad, y como se ha dicho, mal se avendrian con Pitágoras tan superior á estos desvarios, debiéndose creer con mas razon que aquel sabio, asegurado de la verdad del fenómeno, como lo estamos nosotros, fuese igualmente que nosotros capaz de comprender la verdadera causa, fundada en la elasticidad ó contraccion natural de las fibras de que se compone el cuerpo humano, y en su capacidad para dilatarse no infinita, sino comprendida en ciertos límites.

La teoría de que la salud es la parte principal y la base de la felicidad humana, que depende de una armonía, es decir, de una correspondencia entre los movimientos y fuerzas, y consiste inmediatamente en la permanencia de la figura así como la enfermedad en la mutacion de esta; que la formacion original, al nacer, segun la combinacion de las causas externas, determina los cambios que despues suceden en el cuerpo; que los dos instrumentos mas principales de la vida, son el cerebro y el corazon; que los humores líquidos del cuerpo humano se dividen en tres sustancias, segun la diferencia de su densidad, que son la sangre, el agua, suero ó linfa y el vapor; que las clases de vasos son tres, nervios, arterias y venas; que la materia prolífica animada por su aplicacion al cuerpo embrionario pone en movimiento la sangre de este, cuyas partes duras, las carnosas y huesosas se forman despues, y otras muchas cosas, como destellos de la mas sublime teoría médica, se leen en el extracto que trae Laercio de las doctrinas de Pitágoras, tomado de los libros de aquel doctísimo escritor griego de Alejandría de los tiempos de Sila, que por su vasta erudicion adquirió el nombre de *Polihistor*. Estas teorías, tan próximas á la verdad y recibidas hoy dia en las escuelas mas ilustradas, producen en los lectores que reflexionan sobre ellas, aquel grato placer que se tiene al observar la uniformidad de pensamientos que existe en los hombres grandes de todas edades y países.

La preferencia que la medicina de los pitagóricos daba al régimen de vida sobre todos los demas remedios, hace estimar mucho su penetracion á todo el que sabe con cuántos experimentos enfadosos se llega al fin á aquella sabia incredulidad sobre las virtudes de las drogas, que suele distinguir á algunos pocos médicos de los vulgares. En esta parte de la medicina, eran los pitagóricos exactísimos, como refiere Jámblico, midiendo los alimentos

y las bebidas, y el ejercicio y el descanso, determinando su eleccion y preparacion, cosa desatendida por los demas, y sirviéndose con preferencia de medicamentos externos, estimando en poco los internos, usando parcamente de la amputacion en su cirugía y aborreciendo de todo punto los cauterios.

¿Y qué dirémos de aquella otra bella invencion que se debe á Pitágoras y que suministra uno de los mas poderosos, y al mismo tiempo mas eficaces y mas universales medicamentos que la industria humana habia podido hallar hasta entónces, aunque por una fatalidad notable haya estado olvidado por muchos siglos? Al hacer esta pregunta quiero hablar de la alimentacion pitagórica, que consistia en el uso libre y universal de todo lo que es vegetal, tierno y fresco, y que necesita de poquísima ó ninguna preparacion para servir de alimento, como son raíces, hojas, flores, frutos y semillas, y en la abstinencia de todo lo que es animal, sea fresco ó seco, volátil, cuadrúpedo ó pescado. La leche y la miel entraban en esta alimentacion; por el contrario las uvas estaban excluidas de ella. Para bebida se prescribia solamente el agua pura, y se prohibian el vino y todos los licores espirituosos. Podia salirse de este régimen de alimentos en circunstancias particulares, mezclando alguna moderada porcion de alimento animal, con tal que se compusiese de carne de animal jóven, tierna, fresca, sana, y de partes musculosas mas bien que de vísceras.

Por esta sola y sincera exposicion de la alimentacion pitagórica, se conoce al momento que esta se conforma con las mejores reglas de la medicina, deducidas de los conocimientos modernos mas exactos sobre la naturaleza del cuerpo humano y de las materias alimenticias; y todo hombre que piense con detenimiento, conjeturará sin duda que el mismo Pitágoras, primer inventor de dicha alimentacion, tuvo por principal objeto la salud y la que es como parte de ella, la tan decantada tranquilidad de alma que resulta de la mayor facilidad de satisfacer las necesidades, y de la quietud mas uniforme de los humores, y de la costumbre de reprimir con la templanza los apetitos desordenados.

Este pensamiento parece mas conforme con su sabiduría que el suponer que se inclinó á elegir tales alimentos, porque creyese que se efectuaban en el corazon las trasmutaciones de las almas, teoría de que parece que se sirvió por encontrarse, como ya se ha indicado, en la obligacion de hablar segun la capacidad del pueblo, y sabiendo que este no entiende, ni se cuida de las razones verdaderas y naturales. Bien se le alcanzaba que la facultad de pensar y el principio del movimiento voluntario que todo hombre reconoce en sí mismo, no se pueden explicar con los conocimientos que tenemos sobre las cualidades de las diferentes materias y sobre la ciencia mecánica: así que admitida la hipótesis egipcia sobre la naturaleza del

alma, revistiéndola de fábulas, como entónces acostumbraban hacer, no es por cierto verdadera, ni conforme á los conocimientos mas luminosos que tenemos al presente; pero ha tenido á lo ménos el mérito de introducir la primera en las escuelas de los filósofos las semillas de la tan interesante doctrina de la inmortalidad.

Pero que Pitágoras no admitiese entre sus opiniones secretas el tránsito de las almas de un cuerpo á otro, reteniendo sus ideas y su identidad, parece que se puede deducir de la autoridad de Timeo, maestro pitagórico de Platon, en aquel lindo libro suyo que por una gran suerte nos ha quedado, y en el cual con bastante sinceridad se expresa en su lengua dórica con esta máxima: « Enfrenamos á los hombres con razones falsas, cuando no se dejan guiar con las verdaderas. De aquí nace la necesidad de contar aquellos extraños castigos que sufren las almas como si pasaran de un cuerpo á otro. »

¿Quién puede imaginar que Pitágoras, creyendo que aun las plantas estaban animadas, no echára de ver que los vivientes no se pueden alimentar de minerales, ni mantenerse por consiguiente de otro modo que comiéndose mutuamente? En este caso hubiera sido imposible y vano su proyecto de abstinencia. Algunos escritores antiguos han opinado que aquel tránsito suyo de las almas fué ciertamente una especie de amenaza para intimidar al pueblo, en vista de que solo los sabios, esto es, muy pocos hombres, se penetran de las verdades físicas. Así se deduce de Laercio, de quien son las siguientes palabras: « El derecho comun de las almas era un pretexto para prescribir que no se comiesen animales. La verdad era que él queria con semejante prohibicion acostumar á los hombres á sustentarse con facilidad por medio de los alimentos que se encuentran por todas partes y sin necesidad del fuego, y por medio de la bebida que suministra el agua pura, lo que produce la salud del cuerpo y la alegría del alma. »

De este dictámen parece fué tambien Plutarco, pues en su Tratado sobre comer carnes, despues de haber acumulado muchas razones físicas, médicas y morales para apartar á los hombres de semejante costumbre, ó á lo ménos del abuso de ella, declara que no quiere valerse de la pitagórica, la que dice que está llena de misterios, y á la cual compara con la máquina oculta que mueve las decoraciones de un teatro, tomando por alegoría los caprichos poéticos de Empédocles sobre esta materia. Este plausible modo de entender semejante razon, en apariencia increíble, de un hombre por otra parte tan sabio y prudente, se hace mucho mas probable con la autoridad de los mas antiguos escritores; los cuales aseguran (como se puede ver principalmente en Laercio, Gelio y Ateneo), que el mismo Pitágoras comia, y aun aconsejaba á los demas que comiesen de cuando en cuando y sin

escrúpulo alguno, pollos, cabritos, cochinillos, terneras y pescado, y no aborrecía, como creía el vulgo, ni las habas, ni ninguna otra clase de legumbres, pudiéndose conciliar en este punto las contradicciones de los mas respetables autores, con la suposición verosímil de que él rechazaba solo las carnes secas y duras, contentándose con las tiernas y frescas. Así que, si se examina con diligencia y detenimiento todo lo que se halla esparcido en muchísimos libros sobre este objeto, se comprenderá claramente que el fin de aquel filósofo era solamente evitar las enfermedades, la gordura, la estupidez y la ofuscación de los sentidos con el uso de pocos y escogidos alimentos, y con la abstinencia del vino.

Es verdad que ciertas abstinencias particulares, semejantes á las de Pitágoras, han sido usadas antiguamente por varias naciones, principalmente por los Egipcios, de quienes es muy probable que tomase aquel filósofo la primera idea, siendo bien sabido que se deleitó en imitar en sus maneras y pensamientos muchas cosas de aquella docta, aunque misteriosa nación. Una de estas abstinencias, rigurosa y universal en Egipto, era la de las habas, como observa Herodoto, la cual se encuentra propagada hasta los Griegos y Romanos, entre quienes la practicaban principalmente los sacerdotes de Júpiter, Ceres, y otras de sus falsas y ridículas deidades. Pero fuera la que quisiera la razón que tuvo Pitágoras para proponer la abstinencia de las habas, la lectura de los autores antiguos parece que ha puesto ya en claro que aquella prohibición era alegórica, y que ahora sería una empresa vana querer averiguar su sentido literal, pues que los que le sabían han sido tan obstinados en ocultarle.

Por otra parte, observándose que Pitágoras no tenía dificultad en comerlas, y que no extendía su prohibición de alimentos á las demas legumbres, limitándola á los gallos viejos, á los bueyes aratorios y á otras muchas materias igualmente duras y glutinosas, parece mucho mas razonable suponer que la prohibición simbólica de las habas fué una cosa enteramente diversa, de significado importante y secreto, y que en realidad encontró prescritas las abstinencias verdaderas para otros fines, y las adoptó y promovió ántes que nadie por razones médicas y morales, aunque despues le pareciese conveniente autorizar dichas razones con algun disfraz.

Todavía parecerá mas admirable su ciencia, si se observa que prohibió principalmente entre las carnes las de los animales carnívoros, y por consiguiente las de todos los silvestres, y la mayor parte de los pescados, y de todo animal las partes mas tiernas y delicadas, como son las glándulas y las vísceras, y tambien los huevos, deduciendo (como observa Clemente Alejandrino) su menor salubridad de su exhalación mas fuerte y ferina, que en las escuelas modernas se llama mayor volatilidad oleosa y

salina. Sus dos comidas solas por dia equivalentes á nuestro almuerzo, en su mayor parte de pan solo, y otra muy tarde, ó sea cena, bastante abundante; el beber alguna vez vino, no entre dia, ni solo, sino en la mesa y en compañía de personas virtuosas; el servirse de vestidos blancos y muy limpios, que se mudaba todas las mañanas con el pretexto de la religión y anteponiendo los que estaban hechos de materias vegetales á los que lo estaban de materias animales, los cuales atraen mucho mas la humedad y los malos efluvios esparcidos por el aire; su afición á la música inocente, y á la alegre y erudita conversacion entre sus amigos; el cuidado del cutis; sus baños frecuentes, no públicos y estrepitosos, sino domésticos y solitarios, y otras acciones semejantes de la vida privada de Pitágoras, mencionadas por autores verídicos, presentan á este grande hombre enteramente distinto de como se le pinta comunmente, es decir, grosero, austero, y en extremo supersticioso.

Aquel precepto suyo, que se halla consignado en todos los escritores de su vida, de no destruir ni maltratar ninguna planta doméstica ó fructífera, ni ningun animal que no sea venenoso ó nocivo, y el hecho de comprar peces y despues de haber contemplado bien en la ribera sus formas diversas, restituirlos al agua, hacen ver, si no me engaño, que distaba mucho de aquella ridícula superstición que vulgarmente se le atribuye, y la cual por otros indicios se conoce que aborrecía de véras. Mas bien que esto se ve que estaba dotado de aquel espíritu delicado de inocente curiosidad, propio de los verdaderos naturalistas, y de aquel deseo razonable de conservar mas de lo que es posible todos los cuerpos orgánicos que sirven, si no para otra cosa, á lo ménos de diversion agradable y honesta; y se observa en él un sentimiento de prevision y humanidad, opuesto á aquel genio pueril, inquieto y devastador que en muchos se nota, de destruir voluntariamente, aunque sea en parte, cualquiera obra bella y útil de la naturaleza.

Cuán eficaz sea el régimen de vida pitagórico para conseguir el objeto á que, como hemos demostrado hasta aquí, le encaminó principalmente su autor, esto es, para conservar la salud presente del cuerpo y restablecer la perdida, puede conocerlo facilmente todo el que quiera reflexionar sobre la naturaleza y propiedades, tanto de nuestro cuerpo como de los alimentos que le sostienen, no segun los caprichos poéticos de las escuelas bárbaras, sino con las luces claras que en nuestros tiempos han suministrado la medicina anatómica y mecánica, la historia natural y la física experimental, de la cual forma parte la verdadera quimica.

Estas luces nos han hecho conocer al fin que la vida y la salud consisten en el perpétuo é igual movimiento de una gran masa de líquido distribuido en innumerables canales unidos entre sí, que divididos en troncos y ramas se

reducen en sus extremidades á una imperceptible dimension y á un número infinito. Los troncos principales de estos canales, que forman como las bases, son dos solamente, de diferente estructura y naturaleza, situados casi en el centro y adheridos al corazón: sus puntas ó extremidades están en parte á la vista en la superficie exterior del cuerpo ó en algunas cavidades dentro de él, y parte comunican entre sí una especie con otra...

Sin embargo, algunos temen que los alimentos vegetales lleguen á disminuir demasiado el vigor y robustez del cuerpo, y por consiguiente la viveza de alma y el valor. En fin, para no omitir nada, dirémos que el mismo Pitágoras persuadió á un luchador paisano suyo á que se alimentara de carne para adquirir fuerza superior á la de sus antagonistas, y salió tan felizmente el ensayo, que en lo sucesivo se cambió enteramente el alimento de los atletas, que ántes consistía en queso, higos secos, granos, legumbres y otras sustancias vegetales áridas. Así han pensado de él Favorino y el mismo Laercio, y no parece necesario suponer á otro Pitágoras autor de semejante consejo, alegando la opinión supersticiosa del alma, que, como se ha manifestado, aquel filósofo no abrigaba verdaderamente en su corazón. El célebre Crotoniata Milon, tan notable por sus fuerzas corporales como bravo devorador de terneras, era tambien discípulo, prosélito y amigo de Pitágoras, segun afirman Estrabon y otros escritores antiguos.

Pero la robustez atlética producida por la gordura artificial del cuerpo á fuerza de comer muchas carnes y otros alimentos duros y oleosos, sin mezcla de vegetales frescos, ni agua, y con los ejercicios practicados segun el método que entre los antiguos se redujo á un arte particular, estaba por su naturaleza tan léjos del temperamento sano y constantemente vigoroso que se miraba por el contrario como una disposición peligrosa para contraer muchas enfermedades gravísimas. De aquí nació aquel sabio y famoso consejo de Hipócrates sobre que procurasen perder semejante robustez con la abstinencia y con los medicamentos todos aquellos que, sin ser atletas de profesion, se habian servido de dichos alimentos. Platon observa que estos pasaban gran parte de su vida durmiendo, y ademas estaban casi siempre aquejados de alguna grave enfermedad. Galeno, describiendo mas difusamente los males á que estaban ordinariamente sujetos aquellos necios que para divertir á otros con su bravura, perdian su salud, dice que muchos de ellos perdian á veces el habla, el uso de los sentidos y de sus miembros, se veían atacados de la mas completa apoplejía, y ahogándose su misma mole y gordura, solia romperse alguna vena.

Semejantes desgracias vemos con frecuencia que suceden á los hombres gruesos que comen mucha y sustanciosa carne, y desprecian las yerbas y frutas, por romperse en sus cuerpos

el equilibrio tan necesario entre la masa de los humores que se dirigen del corazón á las otras partes y al contrario; siendo tambien fácil que dichos cuerpos caigan en la hidropesía. Los alimentos frescos y vegetales, por lo mismo que son, como observa Celso, muy poco nutritivos, deben constituir la mayor parte de nuestro sustento.

El verdadero y constante vigor del cuerpo es efecto de la salud, la cual se conserva mucho mejor con alimentos vegetales, acuosos, frugales y tiernos que con los que suministran las carnes, los espirituosos, sustanciosos, abundantes y duros. En el cuerpo sano el alma acostumbrada á reprimir los deseos inmoderados y á vencer los apetitos sensuales, produce el verdadero valor. De aquí es que antiguamente algunas naciones abstemias y que se alimentaban solo de plantas, han sido muy guerreras, y que la misma frugalidad y disciplina de Pitágoras no impidió á ninguno de sus sabios prosélitos el ser hombres muy fuertes y valerosos, como entre otros fué el Tebano Epaminondas, tan alabado por sus virtudes civiles y militares como por su modo pitagórico de vivir y pensar. Otros muchos capitanes ilustres de gran templanza se encuentran en las historias de Grecia y Roma. Los Romanos tambien estaban tan persuadidos de las ventajas que ofrecen los alimentos vegetales, que ademas de presentar muchos ejemplos privados de esto entre ellos, quisieron establecerlos por medio de sus leyes alimenticias, entre las que se citan la Faunia y la Licinia, las cuales, limitando las carnes á dosis muy pequeñas, permitieron sin ninguna restriccion todo lo que produce la tierra. Con esta costumbre estuvieron conformes las ideas de algunos emperadores romanos, aunque por otra parte se creyeron superiores á todo y se ve que sus médicos mas famosos y filósofos eran de la misma opinion. Antonio Musa, que mereció una estatua por la feliz curación de Augusto, se sirvió en esta principalmente de la lechuga, y parece que por consejo suyo se contentaba aquel gran príncipe con el alimento parco, sencillo y pitagórico que nos describe tan minuciosamente Suetonio, y principalmente con pan mojado en agua fria y con manzanas agradablemente ácidas. Mucho mas pitagórico todavia era el alimento de Horacio, como él mismo lo manifiesta en muchos lugares de sus juiciosas y bellísimas poesías, lo que era así sin duda por consejo del citado Musa, su médico.

La misma preferencia se observa que dieron al alimento vegetal todos los antiguos escritores latinos que tuvieron algun conocimiento de las cosas naturales, y tambien Galeno y Plutarco; este último manifestó, tal vez con mas exactitud que los demas, los daños del alimento animal en sus preceptos sobre la salud y en sus discursos sobre comer carnes. Tampoco nuestra edad ha dejado de ofrecernos ejemplos de hombres dotados de gran energía de cuerpo

y alma, que solo bebían agua y se alimentaban de yerbas y frutas. En ciertas montañas de Europa existen al presente hombres que solo se nutren con yerbas y leche, y los cuales son muy fuertes y valientes: los Japoneses, que tanto desprecian los peligros y la muerte, se abstienen de comer animales; en fin, son conocidos de todos otros mil ejemplos de pueblos y personas que han sido muy moderados en la comida y al mismo tiempo muy valerosos.

Estando, pues, tan mal fundada la opinión vulgar que condena el alimento vegetal como nocivo á la salud y alaba tanto el animal, he creído siempre razonable oponerme á ella, tanto por la experiencia y conocimientos que poseo de las cosas naturales, como por lo que me han enseñado el estudio y conversacion con hombres instruidos. Y pensando que algunos médicos sabios y prudentes apoyarán tal vez esta opinión mía con su respetable dictamen, he creído de mi deber exponer públicamente las razones en que se funda la alimentación pitagórica, considerada como buena para usarse por medicina y por ser inocente y saludable. Tampoco carece esta de cierto deleite y aun lujo, si se emplean debidamente la curiosidad y el arte en la elección de los mejores y mas frescos vegetales, como á ello nos invitan la fertilidad y natural disposición de nuestros amenos campos. Y con tanto mas motivo me he decidido á tratar este asunto, cuanto que me lisonjeo de que agrada á los hombres entendidos por su novedad, no teniendo yo noticia de que haya ningun libro que trate solo de esta materia y que se empeñe en averiguar su origen y fundamento.

He querido demostrar con los medios que me han suministrado la crítica y la medicina, que Pitágoras, primer filósofo que ideó sustentarse con alimentos frescos y vegetales, era un gran físico y médico, un hombre culto, prudente y experimentado en todo, y que las causas que tuvo para alabar tanto y para introducir dichos alimentos no fueron ninguna superstición, ni extravagancia, sino el deseo de procurar la salud y las buenas costumbres de los hombres, y que por esto no tuvo escrúpulo en mezclarlos algunas veces con carnes; que este modo pitagórico de alimentarse, considerado como remedio, satisface plenamente todo lo que exigen los adelantos mas modernos de la medicina, y que es el mas á propósito para impedir, curar ó moderar las enfermedades mas rebeldes, como lo persuaden la razon y la experiencia de que han hecho uso en estos últimos años los médicos mas ilustres y juiciosos.

ANTONIO COCCHI, *Discurso sobre la dieta pitagórica.*

§ 5. EMPÉDOCLES.

Exposición de su doctrina.

De las muchas y variadísimas obras de Empédocles solo nos quedan algunos fragmentos

citados por otros autores, dos epigramas, algunos versos del poema de las *Purificaciones* y muchos trozos de un tratado sobre la naturaleza, obra de cosmología, fisiología y psicología, en que se hallaba consignada la esencia de las opiniones filosóficas de este autor. Reuniendo estos fragmentos puede darse una idea de toda la obra. En el primer libro el autor, despues de haber expuesto las condiciones de nuestros conocimientos, trataba del universo en general, de las fuerzas que le producen, y de los elementos de que se compone. En el segundo examinaba los diferentes objetos que encierra la naturaleza, y en el tercero hablaba de los dioses y de las cosas divinas, de las almas y de sus destinos. Empédocles se muestra poeta y teólogo aun en la filosofía, y se enreda con misterios y símbolos, lo cual hace oscura su doctrina. Los antiguos quisieron dar á entender esta oscuridad por medio de la estatua cubierta con un velo que le erigieron sus ciudadanos (1).

Procuraremos exponer dicha doctrina por el mismo orden que siguió el autor.

I. De las condiciones de nuestros conocimientos, del universo en general, de las fuerzas que le producen y de los elementos de que se compone.

« Antes de venir á este mundo ya habíamos pecado. Seres degenerados expiamos en la vida presente el delito cometido. ¡Desgraciada y maldita raza humana, raza maldita é infeliz, de qué desórdenes, de qué llantos eres hija! ¡De qué dignidad tan elevada, de qué cúmulo de honores he descendido yo para habitar entre los hombres! Yo gimo y lloro al verme en esta nueva morada, habitada por el asesinato, la envidia y todo los demas males. »

« Hoy la vida es breve y está llena de mil dolores; los sentidos engañan; nuestro entendimiento es débil y el universo infinito. Ni la vista, ni el oído, nos pueden dar á conocer el universo; tampoco el entendimiento puede llegar á comprenderle. Solo los dioses pueden hacer brotar de nuestros labios una fuente de agua pura. Supliquémosles que nos conduzcan á la sabiduría sobre el dócil carro de la piedad. »

Pero si se medita bien su doctrina, Empédocles no desprecia la razon humana tanto como manifiesta, sino que el método que profesa es un verdadero misticismo, fundado en la hipótesis de una degradacion procedente de una culpa anterior. Hé aquí su misma doctrina.

Parte esta del principio admitido por toda la antigüedad de que la materia del mundo es eterna, se trasforma sin dejar de ser la misma,

(1) *Empedoclis Agrigentini carminum reliquiae; de vita et studiis disseruit, fragmenta explicavit, philosophiam illustravit Simon Karsten. Amsterdam, 1838.*

y nada nace, ni muere enteramente. Por tanto en el principio existía la unidad, esfera bien redondeada, igual en un todo á sí misma é inmortal. Empédocles la llama *sfero*, y no es la unidad pura de Parménides, ni el caos de los homeomeros de Anaxágoras. Por una parte el *sfero* es la materia del mundo y contiene sus variadas formas, sus cualidades múltiples y sus diversos elementos. Solo en su seno infinito no se manifiesta ninguna diversidad; todo se mantiene en la unidad por una fuerza de quien se deriva toda unidad. Esta fuerza es la Amistad, la Armonía, Vénus, Cípris, la fuente de todo lo bello y de todo bien. Por otra parte, el *sfero* es la Amistad misma, principio de la unidad, que hay en él una fuerza ejecutora, un Dios. Esto es lo que Aristóteles llama la mescolanza (*μικτα*) de Empédocles, la cual contiene el mundo en potencia; materia que es al mismo tiempo causa y efecto.

Con la Amistad sola ningun movimiento se efectuaría y el mundo sería imposible. Por lo tanto se necesita un principio distinto y opuesto, que es la Discordia (*ερίζος*), la sanguinaria Déris, Marte, causa de todo mal, el dios de la guerra, que divide y separa. Segun leyes fatales é inmutables, en un momento dado la Amistad debió ceder el imperio á la Discordia; inmediatamente la division se introdujo en el *sfero*; los miembros del Dios, dice el poeta, temblaron con un movimiento convulsivo; los elementos hasta entónces confundidos se separaron; el aire se desprendió primero; el aire comprimido brotó el fuego; pero el agua y la tierra, que aun no se habian separado, continuaron agitando, hasta que su mismo movimiento las separó.

Los cuatro elementos son irreducibles uno á otro é iguales en poder y dignidad; son simples, esto es, perfectamente homogéneos; pero al mismo tiempo compuestos, es decir, están formados de partículas infinitamente pequeñas, que son elementos de los mismos elementos. Mas los verdaderos elementos no son los que perciben nuestros sentidos groseros, sino unos seres vivientes (*ψυχαι*), mas que personas, dioses. El fuego es Júpiter; el aire Juno que da la vida; la tierra Pluton, y el agua Néstis, que con sus lágrimas humedece todo lo que es mortal. En virtud de esta deificación de la materia del mundo, se inclinaba al sistema de Demócrito, por lo que Aristóteles dice que Empédocles recurre lo menos posible á la Amistad y á la Discordia y lo explica todo como si se bastasen á sí mismos los elementos. Tales son los caracteres generales de los elementos; en cuanto á los particulares, la tierra y el aire, el fuego y el agua son opuestos respectivamente: la tierra es dura y pesada; el aire blando y ligero: el fuego blanco y caliente, y el agua negra y fria. El fuego se opone á los otros tres elementos reunidos: considerando Empédocles esta oposicion como la de lo seco, y lo húmedo, y lo caliente, y lo frio, se sirve de los cuatro

elementos como si no fuesen mas que dos.

Una vez desarrollados del seno del *sfero* los cuatro principios enemigos, se mantienen separados los unos de los otros: el fuego sobre todos, el aire debajo del fuego, el agua y la tierra en la parte inferior. Agitados por elementos diversos, estos elementos caminan en torbellinos bajo el impulso de la Discordia en medio de un caos inmenso. Es ley inflexible y eterna que la Amistad y la Discordia tengan alternativamente el imperio del mundo; que el movimiento suceda al reposo y el reposo al movimiento; que los elementos se combinen y separen continuamente, y que todo pase del uno al múltiple y del múltiple al uno. Llegado el término fatal, la Discordia hizo un movimiento hácia atras, y la Amistad vino á colocarse en el centro del remolino. A medida que esta extendía su influencia, la Discordia retrogradaba, hasta que llegó á la extremidad del remolino. Aquí continuó ocupando ciertas partes que permanecieron separadas del todo, en tanto que las otras se asociaron y reunieron bajo la influencia de la Amistad. El aire penetró al fin silbando en las entrañas de la tierra y el fuego empezó á arder en lo profundo del Océano. Estos mismos compuestos se combinaron, semejantes con semejantes, lo húmedo con lo húmedo, lo duro con lo duro y lo cálido con lo cálido, del modo siguiente:

Todos los objetos naturales arrojan fuera de su sustancia ciertas emanaciones y efluvios (*επορροαι*), que son sus partes plenas y sólidas. Dichos objetos son por su naturaleza porosos. Entre sus partes sólidas hay ciertos intersticios, que uniéndose los unos á los otros, forman ciertos conductos interiores llamados poros. Las partes sólidas ó efluvios son de diverso tamaño, segun los diversos objetos, y en cada uno de estos el tamaño de los poros depende del de sus partes sólidas, de modo que los efluvios de un objeto penetran fácilmente en los poros de otro objeto de la misma naturaleza diferente y opuesta. La correspondencia entre los poros y los efluvios constituye lo que se llama la afinidad de los objetos físicos y las simpatías de los seres morales, la cual hace posible la mezcla de las varias sustancias, y esta mezcla deshaciéndose súbitamente, da origen á todos los fenómenos posibles y variados juegos de la naturaleza, el crecimiento y destruccion de los individuos, su nacimiento y muerte. « Nada se engendra, nada perece de muerte funesta. No hay mas que mezcla ó separacion de partes (*μεις τε διαλλ-λαεις τε μίγντων*), y esto se llama la naturaleza. »

Pero esta mezcla, ó por mejor decir, esta union de partes no basta para explicarlo todo. La vasta armonía del universo, los órganos de las plantas y de los animales, no resultan de una simple mezcla. El mundo lleva impreso hasta en sus menores particularidades el sello de una inteligencia que lo ordenó todo para un fin bueno. A esta inteligencia en todas partes